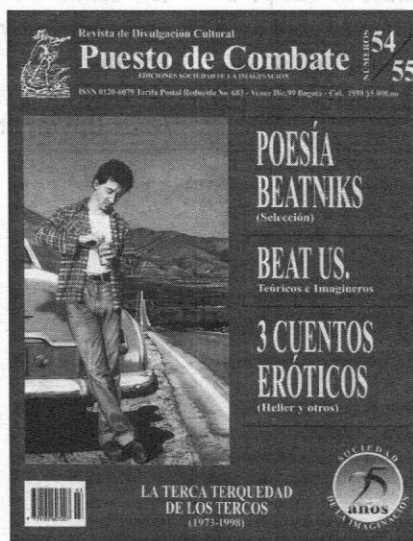


Puesto de Combate: Un viaje sin fin

Milciades Arévalo
Narrador colombiano



Uno de los indicadores más dicientes del desarrollo intelectual de una nación lo constituyen las revistas culturales que produce. Enunciar, por consiguiente, una revista, de igual modo una novela, un libro de cuentos o un poemario, es también explicar y comprender el contexto social y cultural como parte de la producción intelectual de la sociedad.

En Colombia resulta significativa la contribución de las revistas literarias al desarrollo de nuestra identidad cultural. Los escritores colombianos, casi todos, desde Silva, el "Tuerto" López, Tomás Carrasquilla, pasando por García Márquez hasta llegar a los novísimos autores, empezaron su carrera literaria en las páginas de alguna revista, dirigida la mayoría de las veces, por un anónimo creyente de la literatura por venir.

Difundir la palabra en nuestro país es algo más que una odisea. Quien lo hace a través de una revista cultural tiene algo que lo diferencia del común de los mortales, la terquedad del que está convencido de que trabajar con la palabra, lograr que la palabra se difunda es más importante que los sinsabores que cotidianamente produce el ajeteo con lo inútil. En esta patria nuestra, convulsionada en batallas de supervivencia, encontrar

el truco que sirva de trampa provocadora del lector de revistas es, quizás, una hazaña más de la habilidad que nos permite ser distinguidos en el orbe. En otros países, el apoyo a estos medios alternativos de comunicación y difusión se ha incorporado al presupuesto del Ministerio de la Cultura y, en forma indirecta y provechosa benefician a todas las revistas que les permiten llegar al público lector.

El tiempo, esa palabra pronunciada en todas las lenguas de la tierra, es un rotundo axioma que no tolera el devaneo dialéctico, cuando lo referimos al valor del tiempo en una revista literaria. Hace 25 años nos embarcamos un grupo de muchachos en el proyecto de editar *Puesto de combate*. Camus era nuestro escritor de cabecera, habíamos recorrido el país buscando amaneceres, pero también nos gustaba el mar, la poesía, la libertad, los sueños compartidos y las palabras.

Del Caribe nos llegaban los aires cálidos de la revolución cubana; del Cono Sur subía el aliento cavernario de los dictadores de turno, y en Colombia todavía andábamos con el Estado de Sitio a la espalda. No de otro modo se explica que hayamos optado por un nombre contestatario como el nuestro: *Puesto de combate*.

Con una mentalidad abierta y pluralista —no populista—, con el imperativo meridiano de situar en sus páginas a todos nuestros escritores y poetas.

Como revista de creación y no de grupo determinado, todo presente de poesía o de narrativa honesta y buena, es para nosotros motivo de fe en la literatura por venir, en la poesía y en la vida. A cambio de sectarismos y grupos enclaustrados en suficiencias más que dudosas, convencidos de que para formar un público lector era necesaria una gran dosis de terquedad, salimos a navegar por el mundo en 1973. Testimonio real de este viaje lo puede dar la

simple lectura de los autores que han intervenido en las 53 entregas que hasta la fecha hemos podido editar. Y aunque muchos digan que esto no es ninguna gracia en un país sacudido diariamente por la muerte, el miedo y el asombro, *Puesto de combate* nos ha permitido participar durante 25 años, en el desarrollo de la cultura de nuestro país, propiciando la comunicación, divulgando a nuestros escritores y poetas, dando a conocer el pensamiento colombiano, formando lectores y creyendo vitalmente en nuestra literatura.

Desierto de La Candelaria, mayo 5 de 1998

hojas **Universitarias**.....